

EDICIÓN 20° ANIVERSARIO

FELIPE PIGNA



LOS MITOS

DE LA HISTORIA ARGENTINA

De los pueblos originarios
y la conquista de América
a la Independencia

FELIPE PIGNA

Los mitos de la historia argentina

*De los pueblos originarios y la conquista
de América a la Independencia*

Edición aniversario aumentada

2024

 Planeta

Índice

<i>Palabras de Alberto Díaz, editor original de la obra</i>	9
<i>Introducción</i>	11
Veinte años después	17

Las invasiones españolas, más conocidas como el “descubrimiento de América” 19

América en 1492.	20
Descubrimientos y encubrimientos.	23
Europa en 1492.	23
Cuentos chinos.	27
El Almirante	29
Al mejor postor.	31
Buscando socios capitalistas	33
La primera invasión española	35
La mejor gente del mundo.	38
La fiebre amarilla	40
Justificando el despojo.	42
Oro por baratijas	42
En el nombre de Dios	45
Segunda invasión	49
La heroica resistencia	51
Genocidio	55
El tráfico de seres humanos.	57
La tercera invasión.	58
La otra Iglesia.	60

Solitario y final	64
La madre patria	69
Santa María de los Buenos Hambres	75
El origen de la garra charrúa.	76
Magallanes, el estrecho	79
La primera “leyenda”	83
No todo lo que es oro brilla	84
Don Pedro.	86
Los dueños de la tierra	89
Canibalismo a la española.	91
El Día de la Industria (2 de septiembre de 1587)	99
Negocios en el Tucumán	100
Las primeras décadas infames: fraude, corrupción y negociados en la Argentina colonial	105
Fundando y nombrando	106
La primera rebelión “criolla”.	109
Buenos Aires, la capital del Brasil	113
Apenas una aldea	114
Buenos Aires, ciudad insegura	116
El legado de la “Santa Inquisición”	120
A la sombra de Potosí	121
El negocio más horroroso	123
Lima y Sevilla versus Buenos Aires	127
El primer invento argentino	129
Hernandarias	130
Piratas de levita	133
Se acata pero no se cumple.	137
Hernandarias vuelve	139

El fraude modelo 1616	140
El contrabando del señor gobernador	141
Una de piratas	147
Un mundo globalizado y cambiante	153
Liberales argentinos	154
Liberales eran los de antes	152
La Revolución Industrial	159
La independencia de los Estados Unidos	163
Reyes a la parisienne	164
Civilización y barbarie: la rebelión de Túpac Amaru	169
Nada de espejitos de colores	170
Ahí viene José Gabriel	172
Por el fin del mal gobierno	174
La barbarie	191
Ecos de los Andes: sigue la rebelión	195
Las invasiones inglesas o el agua y el aceite	199
Europa en guerra	201
América para los ingleses	201
Inglaterra en los mares, Napoleón en el continente	206
El inquieto míster Popham	207
Llega la <i>task force</i>	209
Sobremonte, un precursor	210
Buenos Aires, colonia británica	214
La subversión	219
Interludio amoroso	227
Subordinación y valor	227
Hay dos sin tres	228
La justicia militar	234

La Revolución de Mayo	237
Cambios en Europa y en América	238
Cambios en Buenos Aires	241
¿Cómo era Buenos Aires?	243
La marca del Sordo	245
Los subversivos de Chuquisaca y La Paz	246
Son rumores	249
Un barco cargado de noticias	249
Siempre Inglaterra	250
Yo sé que ahora vendrán caras extrañas	251
El gran debate	253
Sordos ruidos	259
Fernando, alegre mascarita	261
Se van y nunca volverán	263
Vientos que anuncian tempestades	268
El fusilamiento de Santiago de Liniers, el “héroe” de la reconquista	271
Quemá esas cartas	271
El fondo patriótico, modelo 1808-1809	273
Ñoquis a la Liniers	277
El inventor de los bonos	278
La reconquista	281
Castelli y Monteagudo: los vengadores de Túpac Amaru	287
Allí va la revolución andando	288
“Los principales interesados en la novedad”	293
Justicia revolucionaria	297
De vuelta en Chuquisaca	299
Mi Buenos Aires querido	301
La fragilidad de la paz	306
Apoteosis en Tiahuanaco	307
La madre de todas las batallas	309
La derrota	310

La revolución en el banquillo de los acusados	313
El silencio	316
Hacía falta tanto fuego: la “misteriosa” muerte de Mariano Moreno	319
Entre Rousseau y Túpac Amaru	319
Moreno y Rivadavia	322
Hacer la revolución	323
El plan de operaciones	328
Ni ebrio ni dormido	330
El “unitario” Moreno	335
El “demonio del infierno”	338
Con la serenidad de Sócrates	340
Algunas denuncias	345
Las cartas de Guadalupe	346
El hijo de la patria	351
En la Europa de la Revolución	352
La educación como herramienta de lucha	353
La industria, la agricultura, el comercio y el mercado interno	355
Manuel, el subversivo	359
El periodista	361
Tirando virreyes por la ventana	362
El primer ensayo constitucional de nuestro país	363
No hagás bandera	365
Con las ruinas del Ejército del Norte	368
El éxodo del pueblo jujeño	369
Las escuelas de Belgrano	371
¿Qué pasó con el dinero donado por Belgrano?	372
La estafa más grande de la historia	375
Vilcapugio, Ayohúma, Europa y Tucumán	376
La soledad y el olvido	379

Incas, reyes y traidores: las vicisitudes de la independencia política	381
Antes de Tucumán	381
La breve dictadura del general Alvear	389
Cambios en Buenos Aires	394
Buenos Aires y el interior	396
Otra vez la pesadilla de Fernando VII	397
La situación en América	398
¿Dónde hay un rey?	399
El Congreso de los Pueblos Libres	400
¿Cómo era aquel Tucumán?	402
Comienza el Congreso	403
El sol del 9 viene asomando	407
La infame traición a la patria	409
In the pendiente	414
 <i>Bibliografía</i>	 417

Introducción

*Quien controla el pasado controla el futuro,
quien controla el presente controla el pasado.*

GEORGE ORWELL

La sociedad argentina ha vivido las últimas décadas acosada por las vicisitudes del cotidiano sobrevivir, con escaso margen para darse un tiempo para la reflexión sobre los orígenes y las causas remotas de sus males cotidianos. El proceso de exclusión social y política al que viene siendo sometida la mayoría de la población argentina desde 1976 provoca efectos muy negativos que obstaculizan decididamente la conformación de una identidad ciudadana consciente de sus derechos, con marcos legales y referenciales claros que avalen sus demandas y hagan posibles sus deseos de realización personal y social.

En este contexto, el poder ha logrado que la historia reciente o lejana no forme parte del menú de intereses de la mayoría de la población, que visualiza la Historia como una materia de estudio escolar pero no como un instrumento útil para comprender mejor su presente y planificar su futuro.

Más allá de la evolución ideológica y metodológica de nuestros historiadores y docentes, a lo largo de los años el sistema ha logrado que la gente remita la historia argentina a la escuela primaria; es decir, la Revolución de Mayo, por ejemplo, aparece como un acontecimiento vinculado a la escuela primaria. Nuestro elemento fundacional como país, históricamente hablando, es un tema de acto escolar. Los sucesos de Mayo son difíciles de pensar —para muchos argentinos— despojados de betún, corcho quemado y pastelitos.

Es alarmante la efectividad de este mecanismo que despolitiza y reduce nuestra historia, en el imaginario social, prácticamente a la nada. Y, por otra parte, rotula como históricos, con ese pobre concepto de Historia, a los hechos remotos vinculados al calendario escolar y les niega historicidad a los sucesos más recientes, determinantes de nuestro presente. Así, para muchos argentinos hablar de la dictadura,

de Alfonsín, de Menen, no es hacer historia sino política, como si ambas disciplinas pudieran separarse y prescindir una de la otra.

Resulta interesante destacar el valor didáctico y formativo que tuvo y tiene el inculcar este concepto de la Historia y, por ende, de la política. En esta concepción de que la política es para los otros, que la hacen los otros y que la “gente común”, por carecer de coraje, aptitudes y —últimamente— de audacia, debe abstenerse, podemos encontrar una parte de las raíces del “algo habrán hecho”. En un país que ha vivido gran parte de su historia bajo dictaduras o democracias fraudulentas, restringidas o vigiladas, el compromiso político difícilmente puede ser visto como un hecho positivo.

Es notable cómo la Revolución de Mayo, uno de los temas más tratados en las clases de Ciencias Sociales o de Historia —por las que más del noventa por ciento de la población ha pasado alguna vez—, no llega a ser comprendida por la mayoría de la gente en toda su dimensión social, económica y, sobre todo, política. Algunos manuales siguen repitiendo frases sin sentido como: “Mariano Moreno era irascible y Cornelio Saavedra, temperamental”. Como es lógico, podría invertirse el orden de los calificativos y nada cambiaría. Los calificativos personales ocupan el lugar de la necesaria clasificación ideológica, la distinción partidaria, los distintos intereses defendidos por cada uno de ellos, los intereses contrapuestos que explican el conflicto que concluyó con el alejamiento de Moreno y su “misteriosa muerte en altamar”.

La imagen del prócer absolutamente ajeno a la realidad es una imagen útil para el discurso del poder porque habla de gente de una calidad sobrenatural, de perfección, de pulcritud y de lucidez, virtudes vedadas a los simples mortales. Es decir que el argumento del ejemplo a imitar, usado como excusa para la exaltación sin límites, en los hechos no existe. Se trata, en realidad, de la sumisión al personaje. Los ejemplos a imitar deberían provenir de actitudes humanas, de personas falibles, con las mismas debilidades, defectos y virtudes que el resto de sus conciudadanos, pero que eligieron arriesgar sus vidas, sobreponerse, como Manuel Belgrano, a sus múltiples dolencias y luchar por la libertad y el futuro de su país. Bien distinto es imitar, tomar como ejemplo las virtudes de un personaje histórico, al sometimiento ante la autoridad de un prócer tan perfecto y extraordinario.

Esta despolitización de la Historia, despojada de sus verdaderos motores sociales, económicos y culturales, fue acompañada por la

exaltación o denostación de los protagonistas de nuestro pasado, tornándola azarosa y ajena y rompiendo el vínculo pasado-presente, imprescindible para despertar el interés de las nuevas generaciones.

A los niños y a los jóvenes les pasa con la Historia lo mismo que a los adultos cuando llegan a una reunión en la que personas que no conocen hablan de temas desconocidos. Obviamente no se sienten incluidos, no tienen marco referencial que pueda integrarlos a la charla y por lo tanto pierden todo interés. Son imprescindibles los marcos referenciales inclusivos. Para esto es importante partir del presente, que les quede claro que aquel país de 1810 es el mismo que este, con muchos cambios, avances y retrocesos, pero el mismo. Y volver al presente. La relación pasado-presente, la comparación constante de los hechos del pasado con los actuales resignifica al hecho histórico y le da sentido.

Además, nuestro país, por sus características, facilita la posibilidad de hacer esa conexión, al punto de que se haya vuelto un lugar común decir que “la historia se repite”. Permítaseme un ejemplo. En una escuela carenciada del partido de La Matanza, de las llamadas “de alto riesgo” por el propio Ministerio de Educación provincial, estábamos dando una charla a chiquitos de primero a tercer grado. Hablábamos de cómo era la vida en la colonia, y decíamos que las calles se inundaban porque eran de tierra, que no había agua corriente, que pasaba el aguatero, que no había luz eléctrica, que había muy pocos médicos, que la mortalidad infantil era muy alta... y un chiquito dijo claramente: “Como ahora”.

Es un lugar común decir que a veces se transmite la historia nacional como si fuera un cuento. Pero frecuentemente no se cumple siquiera con las mínimas reglas del cuento infantil. Los cuentos clásicos comienzan diciendo: “Había una vez...”, es decir, contextualizan, sitúan al lector en un determinado lugar y en un determinado tiempo, cuentan qué le pasaba a la gente, hablan de miserias y grandezas, de ambiciones, intereses, luchas por el poder y relaciones amorosas. Casi ninguno de estos elementos aparece, en general, en los relatos históricos destinados al público infantil y juvenil.

Allí no hay contexto, se dice “1810” y solo se agregan algunos datos escenográficos. ¿Qué significa 1810 para un chico de entre ocho y diez años o para un adolescente? Seguramente algo mucho más lejano y ajeno que el planeta de *Star Wars*. En esos “cuentitos históricos” que abonaron nuestra primaria, no había pasiones, ambiciones ni necesidades.

¿Por qué hacían lo que hacían los “próceres”? Por “abnegación”, se nos decía por toda respuesta.

No se puede seguir hablando de una historia en la que la gente hacía las cosas por abnegación. Hay que recuperar positivamente los bastardos conceptos de “interés” e “ideología”. San Martín cruzó los Andes porque su interés era liberar Chile y de allí pasar a Perú, porque sus ideas eran revolucionarias y formaban parte de un proceso histórico enmarcado en la lucha para terminar con el poder español en América.

La transmisión de la Historia como un elemento dinámico, en el que la idea de continuidad se torna evidente, es inadmisibles para los postulados del “pensamiento único” que venimos padeciendo precozmente los argentinos desde los días de la dictadura. Dice Eric Hobsbawm al respecto:

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres de este final de siglo crecen en una suerte de presente sin relación con el pasado del tiempo que viven.¹

Lamentablemente, esta prédica continúa teniendo una notable audiencia y no son pocos hoy los “comunicadores sociales” que acusan a los docentes de “hacer política” cuando se refieren a temas de actualidad o dan su opinión sobre determinado proceso histórico. Como afirma el historiador catalán Josep Fontana:

Todo trabajo de historiador es político. Nadie puede estudiar, por ejemplo, la Inquisición como si estuviera investigando la vida de los insectos, en la que no se involucra. Porque, o el trabajo del historiador tiene utilidad para la gente de afuera de las aulas, o no sirve para nada.²

Afortunadamente, y como una de las pocas consecuencias positivas de la crisis terminal que vivió la Argentina en 2001, se ha venido

¹ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1998.

² Josep Fontana, *Clarín*, 13 de diciembre de 1998, reportaje de Jorge Halperín.

dando un saludable renovado interés por nuestra historia, o sea por nosotros, por saber de nosotros, de dónde venimos, por qué estamos como estamos, en fin, quiénes somos y quiénes podemos ser.

En un país donde el pasado estuvo por siglos vinculado al horario de las batallas y al desinterés (palabra poco feliz, si lo pensamos) y la abnegación de los llamados próceres, es un gran avance que importantes sectores de la población de diferentes edades y clases comienzan a interesarse por su patrimonio más importante: su identidad. Porque de esto se trata: la historia de un país es su identidad, es todo lo que nos pasó como sociedad desde que nacimos hasta el presente, y allí están registrados nuestros triunfos y derrotas, nuestras alegrías y tristezas, nuestras glorias y nuestras miserias. Como en un gran álbum familiar, allí nos enorgullecemos y nos avergonzamos de nuestro pasado, pero nunca dejamos de tener en claro que se trata de nosotros.

La supresión de identidad fue quizás una de las prácticas más crueles de la dictadura militar; el desaparecido dejaba de existir como un ser nominado, era un NN con un número asignado por sus captores. A sus hijos se les daba un nuevo nombre y un nuevo destino, en muchos casos antagónico al que soñaban sus padres. La misma operación se ha hecho durante décadas con nuestra historia patria. Se nos ha intentado suprimir la identidad nacional.

Este libro intenta acercar nuestra historia a nuestra gente. Para que la quieran, para que la “reconquisten”, para que disfruten de una maravillosa herencia común, que como todos los bienes de nuestro querido país está mal repartida y apropiada indebidamente. La historia es, por derecho natural, de todos, y la tarea es hacer la historia de todos, de todos aquellos que han sido y van a ser dejados de lado por los seleccionadores de lo importante y lo accesorio. Quienes quedan fuera de la historia mueren para siempre, es el último despojo al que nos somete el sistema, no dejar de nosotros siquiera el recuerdo. Los desobedientes de la obediencia debida a la traición, los honestos contra viento y marea, los rebeldes aun en la derrota. Un Túpac Amaru que mantiene su dignidad durante las más horrendas torturas y sigue clamando por la libertad de sus hermanos, soñando con una América libre. Un Manuel Belgrano que no duerme escribiendo un proyecto de país que sabe imposible pero justo, que dedica su vida a la denuncia y persecución de los “partidarios de sí mismos”, de los que “usan los privilegios del gobierno para sus usos personales condenando al resto de los ciudadanos a la miseria y la ignorancia”. Un Castelli que sueña

y hace la revolución en la zona más injusta de América del Sur. Un Mariano Moreno que quema su vida en seis meses de febril actividad, sabiendo que el poder no da tregua y no perdona a los que se le atreven, pero que si nadie se le atreve todo va a ser peor.

Aquel pasado debería ayudarnos a dejar de pensar que “en este país siempre estuvo todo mal y por lo tanto nunca nada estará bien”. Nuestra historia, rica como pocas, desmiente categóricamente esa frase funcional al no cambio, que no nos deja ni la posibilidad de soñar con un país mejor para todos.

Esta es parte de la herencia vacante que tenemos los argentinos. Estas páginas pretenden ser una invitación a la apropiación de lo que nos pertenece.

Es muy estimulante sentir que cada vez más gente, de distinta procedencia, de distinta ideología, se apasiona y se hace cargo de lo suyo, que se conmueven, enojan, alegran, indignan, enorgullecen cuando se menciona a alguien que consideran un ser querido, se llame San Martín, Belgrano o Moreno, porque empiezan a sentirlo como un miembro de su familia, como algo que nadie podrá quitarles porque forma parte de sus principios.

FELIPE PIGNA
2004

Veinte años después

Esto decía hace veinte años en la introducción de aquella primera edición de *Los mitos de la historia argentina*, y decidí mantenerlo porque creo que tiene una absoluta vigencia. Porque representa muy bien lo que siento y el tipo de historia que elijo. Solo quisiera agregar un enorme agradecimiento a toda la gente de mi amada Argentina que convirtió este trabajo en un libro masivo y “popular”, una palabra hermosa tan detestada por los autodenominados “académicos” o “historiadores serios”, como apreciada por aquellos que creemos que la historia debe estar al alcance de todos y ser accesible a todos los ciudadanos.

Quiero agradecerles a los docentes que llevaron este libro a sus escuelas y lo compartieron con sus alumnos, a los niños y jóvenes que también lo llevaron para compartirlo con sus docentes y compañeros. A los que se lo leyeron a sus hijos. A las bibliotecas públicas que lo incorporaron a sus catálogos y a los bibliotecarios que lo recomendaron. A quienes lo regalaron a sus amigos en el exterior... En fin, a todos y a cada uno de mis queridos lectores con quienes tengo el gusto de cruzarme por los caminos de la patria.

Quiero agradecer también, y de manera muy especial, a Mario Pergolini por su confianza. Primero, por brindarme ese hermoso espacio en su programa *¿Cuál es?* en la querida Rock and Pop. Una columna que llegó a durar una hora y que fue escuchada por cientos de miles de personas —entre ellos, más de un taxista que me contó que

estacionaba el auto para disfrutarla sin interrupciones—. Y luego, por apostar por mí en esa bella locura que fue nuestro programa *Algo habrán hecho*, basado en este libro y los siguientes tomos de *Mitos*. Una producción sin precedentes que se filmó en varios países de Europa y América, y en innumerables rincones de nuestra querida Patria. Una aventura que contó con un equipo técnico de más de cien personas y con un elenco de lujo. Una aventura que fue más allá de todas nuestras expectativas y que superó los veinticinco puntos de audiencia en *prime time*. Nos llegaban e-mails de todo el país contándonos cosas hermosas: familias que se reunían a ver el programa, amigos que se juntaban en un asado y ponían *Algo habrán hecho*, docentes de todos los niveles que lo grababan y lo usaban en sus clases. De inmediato, y sin transición, me convertí en una persona “famosa”. Me tocaban bocina los colectiveros y mucha gente comenzó a pararme por la calle para charlar —no era época de *selfies* todavía—, para hacerme preguntas, para alentarme a seguir adelante.

En estos veinte años me pasaron muchas cosas lindas. Casi todas se las debo a este libro escrito en mis años de profesor del querido Colegio Carlos Pellegrini de la Universidad de Buenos Aires al que siempre le estaré agradecido y del que guardo los mejores recuerdos. *Los mitos de la historia argentina* fue un suceso que continuó en el segundo tomo de la serie y en los que le siguieron. Y luego vinieron las giras, y recorrer varias veces el país y tomar contacto directo con mis lectoras y lectores, algo muy emocionante. Una vez más, gracias, y gracias especiales a mis queridos amiguitos que me esperan con tanto cariño cuando voy a las escuelas en cualquier punto del país. Gracias, gracias, siempre, por tanto.

Un abrazo enorme.

FELIPE PIGNA
MAYO DE 2024